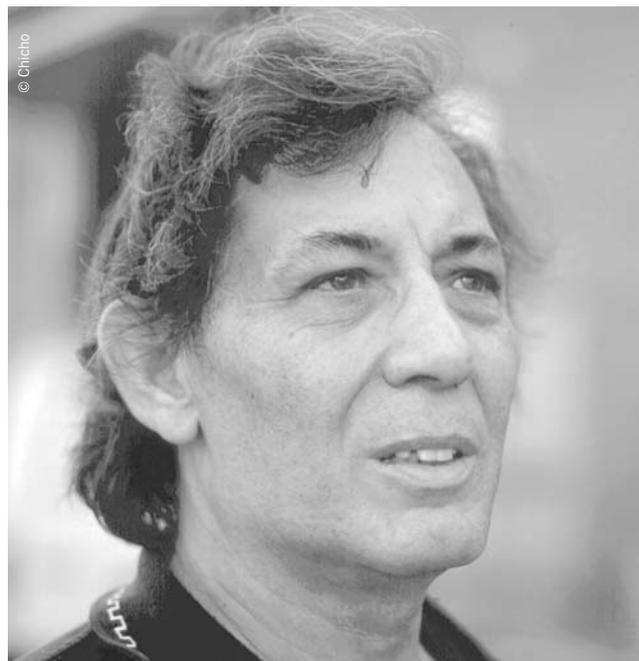


# EL TEATRO, LA VERDAD Y LA FICCIÓN

Por Salvador Távora



La muerte me rozaba los muslos una y otra vez. Silenciosa; unas veces toda vestida de negro y algunas otras veces con grandes manchas blancas en su arrugada piel. Mi cuerpo y mis ojos se familiarizaron con ella y pasaba horas en entrenamientos agotadores estilizando mi cuerpo, mi figura, para ese tránsito, intentando transformar la verdad de su presencia en ficción, en arte.

En esta etapa de mi vida, casi de mi niñez, ejerciendo el oficio de matador de toros ante la presencia de miles de espectadores, atronadores aplausos o descomunales y tormentosas broncas, formalicé, ignorándolo, el acercamiento de mi espíritu, por otro camino que el académico, al universo de la dramaturgia. Con el fantasma de la pobreza, de la incertidumbre, también del miedo, me ocurrió lo mismo. Muchos niños de la pos-guerra vivimos las circunstancias de enriquecer nuestro espíritu con un alfabeto de sensaciones trágicas producidas por el hambre y las necesidades que más tarde, cuando nos encontramos en el marco de la ficción, en el teatro, también por circunstancias, investigamos y ejercitamos su práctica como signos sonoros o silenciosos para la comunicación.

Todos sabemos que el teatro no tiene más que una historia que es literaria y bur-

guesa. Desde Sófocles a Lorca. Y el modelo teatral que durante cuarenta años ya he propuesto en colaboración con cuantos en él han participado creo que no tiene nada que ver con esa historia; yo no pertenecía a esos grupos sociales, y mis pensamientos teatrales no partieron del concepto burgués de la vida y la muerte, ni del literario para la comunicación. Entré en el panorama del teatro por razones que después, ya en la década de los noventa, entendí muy bien en la definición de la tragedia que en su obra *Teoría del drama*<sup>1</sup> expone el romanista e hispanista alemán Kurt Spang: «Lo trágico es un concepto no exclusivamente literario o estético. La tragedia como género es sólo soporte de lo trágico y este concepto emana de una determinada filosofía y es fruto de una cosmovisión, una determinada manera de entender la vida: se concibe

---

<sup>1</sup> Editorial Eunsa, 1991.

---

Sigo creyendo, y ahora  
más, por las  
circunstancias que  
emborronan la vida del  
teatro y de la sociedad  
tecnológica que vivimos  
con corazón de plástico,  
en un teatro que sublima  
la tragedia de vivir,  
despierte la sensibilidad  
dormida y agudice los  
sentimientos más que  
el entendimiento.

---



*Las Bacantes, 1987. Escrita y dirigida por Salvador Távora.*

siempre en relación con la libertad y la divinidad, con el último destino del hombre». «Lo trágico es una situación límite: el hombre en una circunstancia paradójica, tendido entre dos polos opuestos y contradictorios: la autoridad de lo divino y el afán autonómico y rebelde del hombre». Mis impulsos creativos me llevaron y me conducen siempre, al estar estrechamente emparentados con mi vida, a situaciones escénicas que no consigo distanciar de mis sentimientos trágicos; ya sean expresiones musicales, coreográficas, o de cualquier otro elemento de necesidad comunicativa que haya aparecido en mi cerebro resistiéndose a convertirse en palabra. Y no es que exista en esta actitud un empeño de desarrollar un modelo teatral antiliterario, en absoluto, sino la consolidación de unas formas escénicas aliterarias que tengan naturales y espontáneas relaciones con mi vida y con mis angustias vividas o imaginadas. Estados anímicos de ansiedad que no pueden pasarse a una relajada y reflexionada expresión literaria. Muchos años ya con la vida cargada a las espaldas, los pies por los escenarios del

mundo y las mesas de los hoteles para los apuntes escénicos. Con reconocimientos estimulantes e indiferencias dolorosas hemos llegado a crear veinticuatro espectáculos dramáticos con los que hemos realizados cuatro mil representaciones en treinta y cinco países, y participado en ciento setenta y dos festivales internacionales ante más de tres millones de espectadores. Y ya casi al final, lo digo por los años, y con los bolsillos vacíos, me atropella el difícil desafío que desde que tuve conocimiento de los intentos de históricos creadores me rondaba la cabeza: poseer un espacio teatral, alejado de los modelos convencionales, con la austeridad necesaria para no perderse en los cortinajes de terciopelo de los grandes teatros y hacer de la comunicación cercana el más fundamental valor que proteja al teatro de las arrolladoras técnicas, de la apabullante palabrería y de las desorbitadas producciones comerciales u oficiales. Un teatro, un espacio, donde pudiera apreciarse la claridad cristalina de la lágrima, la sanguinolenta suciedad del sudor, el olor de las flores, la contundencia de la palabra, el riesgo de la acrobacia, de las máquinas, de todos los elementos comunicativos que han formalizado nuestro lenguaje..., un TEATRO con convocatoria para los que no fueron nunca al teatro. Un teatro en mi barrio muy lejano al de Nueva York desde donde presenciamos asombrados el derrumbe de las Torres Gemelas. Un teatro de reducido aforo, más bien como un proyecto del espíritu, consciente de su difícil mantenimiento, donde podamos llegar a entender para qué hacemos teatro. Una utopía que comienza como aquella otra de los años setenta que nos llevó a los más prestigiosos escenarios del mundo y que seguramente tendremos que sacar adelante alternando nuestra actividad en él, con la necesidad de palpar, en algunos periodos, las aterciopeladas cámaras negras de los grandes coliseos, o pisar los ensangrentados ruidos de las plazas de toros. No importa. Como autor, o como sujeto atormentado por codificar el acto creativo, siento en mi estado de ansiedad en esta nueva aventura la relajante esperanza de continuidad del compromiso por sendas inexploradas. En la ponencia que presenté en el año 1989

en el Centro Cultural Europeo de Delfos, con motivo de la celebración del V Encuentro Internacional de Teatro Antiguo Griego, mis inclinaciones ya entonces se acercaban al sueño de buscar y encontrar en un espacio desconectado de su comercialización las distancias precisas para potenciar el poder de transmisión de las más mínimas, y a veces imperceptibles, expresiones de la sensibilidad creativa. Decía: «El arte teatral, no el falsamente identificado con la literatura y encerrado en las bibliotecas, sino el intangible, el de imposible transcripción, el de los sentidos cuyas claves para su recepción, entendimiento y práctica poseen las mayorías que viven inquietas e inseguras, será recuperable para el teatro por la vía del ESPECTÁCULO DRAMÁTICO, y por su desarrollo en un campo teatral sin prejuicios intelectuales y que se

canalice por la vía de una poética de la vida que tenga sus orígenes en las experiencias de los sentidos».

Sigo creyendo, y ahora más, por las circunstancias que emborronan la vida del teatro y de la sociedad tecnológica que vivimos con corazón de plástico, en un teatro que sublime la tragedia de vivir, despierte la sensibilidad dormida y agudice los sentimientos más que el entendimiento. Un teatro íntimo donde podamos estremecernos ante el sonido de un respiro y la claridad de una sonrisa..., aunque para ello tenga que volver a retomar dramáticamente aquellos tiempos en que la muerte me rozaba los muslos una y otra vez. Silenciosa; unas veces toda vestida de negro y algunas otras veces con grandes manchas blancas en su arrugada piel..., y poder hacer de ella fórmulas desconocidas para hacerla ficción. ■

*Alhucema*, 1988.  
Escrita y dirigida por Salvador Távora.

